

La repetición incesante de imágenes de violencia en los medios de comunicación modernos, la reproduce. Sobre esto hay suficiente comprobación empírica. Pero nuevamente hay límites sociales a esta situación. En los países de economía de mercado, el gusto por la violencia es una mercancía más. Basta ver en el caso de Estados Unidos, las por lo 40 revistas existentes sobre el llamado *Bon-dage*, con relatos y fotografías de tormento y humillación de mujeres. Formas de violencia sado-masoquista convertidas en mercancía e inclusive justificadas. Una de las revistas de marras dice en su editorial "No hay Mujer más Hermosa que cuando en situación de servidumbre... por eso nuestra publicación toca el arte" (sic). Las sociedades de capitalismo desarrollado han alcanzado el bienestar material. Es la *Jauja* de los aparatos electrónicos y del Cable-Visión, y paradójicamente el ser humano se desintegra, en tanto que tal, en medio de ese bienestar. Las drogas y la violencia, en una y mil formas, son su *habitat*. ¿Porqué? porque todo ello es mercancía, se paga bien aún si destruye lo humano. Pues bien, nuestro argumento vuelve a la *praxis* de los tipos diferentes de sociedades. En las sociedades que se guían por el predominio de lo colectivo sobre lo individual, ese tipo de violencia cotidiana se reproduce menos, existe menos. No se considera válido que se le convierta mercancía, sino se le tiene como mal de origen histórico que deberá desaparecer. Con ello no debemos idealizar esas sociedades, capaces también de sus propias violencias aberrantes (Gulag), pero queremos ver la tendencia; hacia donde va el proyecto de sociedad, que es lo que se quiere construir, como se concibe la vida humana y los valores que la han de guiar.

En la discusión de la tercera parte del libro, Herra se ocupa de un tema particularmente actual. La cuestión de si la tecnocracia de nuestro tiempo es forma de liberación material o de dominación moderna. El autor aporta al debate que la ve como ideología, como "forma elaborada, inteligente y eficaz de la tradición idealista" que busca diluir y ocultar los mecanismos de control. El interés de nuestro tiempo sobre la tecnocracia tienen que ver otra vez con la cuestión de la libertad ¿Los robots vienen a asumir trabajo peligroso o pesado, o a eliminar mano de obra?. Por eso es necesario estudiar la tecnocracia, en la forma que lo hace el autor, como ideología que queriendo negar las ideologías, en realidad busca suplantarlas.

El libro, en su conjunto, es, dentro de lo que se ha escrito sobre el tema en América Latina, un aporte valioso, obligado. Y es hermosa una de las

conclusiones del autor. Ante la cuestión de la violencia, ante la revolución tecnológica, ante la destrucción ecológica, se pregunta si hay una "utopía moderna". La encuentra en los Derechos Humanos: "la utopía del hombre contemporáneo que por su medio se elige como persona". "Lo utópico, como producto específico de la facultad imaginativa del hombre, desborda el sufrimiento presente y el control represivo y finge, como *telos* necesario la opinión de un mundo libre y feliz. Idea última de la historia, la utopía de los derechos humanos es aquella desde lo cual y contra lo cual existe la represión: si hay represión, es porque se atenta contra algo que es y que debe ser: la utopía de los derechos". Un planteamiento de paradigma social, especialmente válido para nuestra región y nuestra época.

Gabriel Aguilera P.

RESEÑA HISTORICA DE LA IGLESIA EN COSTA RICA DESDE 1502 HASTA 1950. Mons. Víctor Sanabria M. Colección Centro América. Departamento Ecuménico de Investigaciones. San José, Costa Rica. 1984. 304 págs.

Constituye una muy grata sorpresa la edición de esta obra desconocida e inédita, escrita por el reconocido historiador eclesiástico y Arzobispo de San José, Monseñor Víctor Sanabria (1899-1952). La misma quedó lamentablemente inconclusa y ésta parece ser la verdadera causa por la cual no llegó nunca antes a publicarse. Tiene eso sí la fecha de 1946, que ha de corresponder al inicio de su redacción, lo que explica a final de cuentas que se trata de una obra de la última etapa vivida por su autor.

Pese a que el título de la obra indica que la misma concluye en 1850, año de la creación del Obispado de Costa Rica, el texto termina más bien en 1800, de modo que queda sin cubrirse el período de medio siglo, que habría permitido al autor enlazar con sus ya famosas obras, como son la relativa a Anselmo Llorente y Lafuente, a la Primera Vacante de la Diócesis y a Bernardo Augusto Thiel, que completan el siglo XIX, pues Thiel muere en 1901.

Estas anteriores consideraciones ilustran no sólo acerca de la calidad del Arzobispo como historiador eclesiástico, sino que muestran el significado del libro que comentamos, dentro del marco global de la obra de Sanabria en su conjunto. Intentó el autor redondear la temática, estableciendo un hilo

conductor general que arrancaba en el siglo XVI y terminaba con el XIX.

Nos duele que la edición que comentamos haya sido tan modesta, pues su formato es pequeño, la letra menuda y hecha en papel periódico únicamente. Cabía esperar otra cosa para la obra de un autor de tantas luces y méritos indiscutibles.

En la nota del editor se indica que la obra inacabada tenía bastantes espacio en blanco, pero de ello no hay reflejo en el texto que se publica, a excepción de una cita en la página 285, en que se nota la ausencia de la referencia prevista sobre Esteban Corti, que de seguro remitía al trabajo de Manuel Valladares titulado "La causa de Esteban Corti", que se publicó en 1925 en el tomo VI de la Revista de Costa Rica que dirigía don José Francisco Trejos. Ciertamente es también que en el texto se alude a apéndices que no se incluyen por razón de no haber aparecido, hecho que es de lamentar.

El criterio que anima a Sanabria a realizar su obra, no es el de darnos una visión extensa y acabada de toda la problemática de la historia de la Iglesia costarricense, sino más bien la de presentarnos una síntesis de la misma. En este sentido contrasta fuertemente con el libro sobre tema similar, escrito por Ricardo Blanco, en que su objeto es escribir la historia completa. Conceptualmente ambas obras se desenvuelven partiendo de concepciones enteramente distintas y las coincidencias se dan únicamente en el plano informativo, puesto que la fuente obligada son los Datos Cronológicos del Obispo Thiel y los estudios previos que publicara el mismo Sanabria, sobre todo el "Episcopologio de la Diócesis de Nicaragua y Costa Rica", editado en 1941.

La introducción constituye una abigarrada síntesis de las fuentes y bibliografía de la historia eclesiástica del país, críticamente analizada, que a la postre resulta de gran utilidad y sobre todo, orientadora al investigador sobre la materia. Los siguientes

capítulos constituyen un sólido enfoque acerca de los inicios de la Iglesia en Costa Rica, dentro del Obispado de Nicaragua y Costa Rica y dentro de la provincia franciscana de San Jorge. El enfoque es por siglos, prestándole especial atención a los Obispos, la jurisdicción eclesiástica y los procesos específicos de la provincia de Costa Rica, hasta finales del siglo XVIII. El aspecto misional está bien tratado, pues el autor considera este hecho como muy relevante dentro del marco global de su historia.

Como buen mariano, la devoción a Nuestra Señora de los Angeles le merece especial atención, y es quizás allí donde su "Pasión" le nubla el entendimiento, volviendo con toda discreción a plantearnos el nombre de Juana Pereira, como la mulata del hallazgo de la imagen, sin decirnos que es él quien sugirió ese nombre "por muy obvias conveniencias, basadas en suposiciones históricas".

Los años ciertamente no pasan en vano. No vamos a dejar de decir ahora que una edición crítica obligaría a rectificar muchas fechas, sobre todo dentro de la cronología de obispos, tema éste de especial interés para Sanabria. El problema del Obispo Mendavia está ya clarificado, sabiéndose que en efecto estuvo en Nicaragua, donde murió, y así otros muchos hechos.

Ello no es óbice para dejar señalado con toda claridad la importancia de este libro de Sanabria, que contribuye a convencernos de la gran calidad que como investigador tuvo.

Para concluir, y pese a nuestras críticas sobre la edición, tenemos que quedar reconocidos con Fray Vernor M. Rojas O.P., por la transcripción hecha, que sirvió de base a la publicación realizada por el Departamento Ecuménico de Investigaciones.

Carlos Meléndez Chaverri
Centro de Investigaciones Históricas
Universidad de Costa Rica